

DIVAGACIÓN PRIMAVERAL

Leo y oigo con frecuencia opiniones adversas a la conmemoración de fechas, sucesos y efemérides. Se suele argüir que para recordar tal o cual acontecimiento, tal o cual biografía, este o aquel tránsito o natalicio, no es necesario esperar a que se produzca el centenario, el aniversario o cualquier otra temporal división.

Esto, se dice, viene a constituir una moda, cuando no una manía ingénuo, ya que, evidentemente, todas las fechas son oportunas para recordar, cuando lo que se recuerda merece la pena de dedicarle unos momentos de evocación.

Agotando un poco la sutileza, acaso no carezcan en absoluto de lógica tales razonamientos. Ciertamente, todos los días son días de recordación de lo digno y también es verdad que nadie siente coartada su libérrima imaginación para poder explayarse por los más variados, amenos e interesantes campos de la historia y del devanar permanente del tiempo.

Sin embargo, existe una cosa más evidente todavía. Que la complejidad cada vez más abrumadora, va acortando en el hombre la capacidad de evocación, para dejarla circunscrita a lo más acuciosamente urgente. Son demasiado complicados los días que se viven para descontarles momentos, que hoy son precisos para llenarlos de inminencias. Sobre todo, el dedicarse a evocar lejanas perspectivas, que por lejanas no pueden ejercer influencias de ninguna clase, es una manera de sustraer al instante que fluye ahora una posibilidad de eficacia actual. Sin embargo...

A pesar de estos argumentos, disentiemos del principal, que es el más sofisticado. Se pueden evocar, evidentemente, sucesos, vidas, efemérides en cualquier instante... pero no se evocan porque, para todos, los momentos son contados. El que se dedica, durante el hueco que le deja la perentoriedad de lo cotidiano, a recordarle a los demás algo de lo enterrado entre los escombros de la historia, asume un papel importante. Aunque no sea más que por una razón pedagógica, de largo alcance popular, esta periódica conmemoración de centenarios, de aniversarios, tiene trascendencia desde el punto de vista de la cultura media de la masa. Porque en realidad: ¿Cuántos, de entre los veinticinco millones de españoles están capacitados para advertir que en este mil novecientos cuarenta y dos se cumplen los cuatrocientos años del nacimiento de San Juan de la Cruz: por ejemplo, y que con tal motivo la prensa, la radio, el libro, se ocupan de su vida, de su significación, de las bellezas de su obra? Salvando la pequeñísima minoría de elegidos, en realidad, esta fecha hubiera pasado inadvertida para el resto de los españoles, a no ser por la conmemoración de que hoy es objeto. Por el contrario, ¿cuál de esos ciudadanos españoles, que leen periódicos, que oyen la radio, que van a conferencias o que leen libros, no tiene hoy, en virtud de «esa manía ingénuo» de las conmemoraciones, una idea bastante clara de la figura del Santo místico y poeta, que es lo que significa su poesía y su teología dentro del pensamiento y de la literatura nacionales? Y quien dice San Juan de la Cruz, dice Boscan, o Lucas Fernández, cuyo centenario también se cumple en el año presente.

Me pongo a trazar estas líneas breves en una tarde primaveral, con suavidades maravillosas en la luz y en el aire. El sol occíduo dora los campos con pátina de églou, resbala acariciante sobre las montañas que la lejanía va haciendo grises. En la ciudad las suaves sombras se van alargando, al soslayo de la luz. Hay una serenidad en la naturaleza que convida a la divagación. La tarde se ha calzado guantes de seda y su caricia apenas es sentida en la piel hipersensibilizada. 19 de mayo. Primavera en plenitud. El pensamiento vuela a posarse sobre las lejanas llanuras interiores, donde no se sienta constreñido por los horizontes cercanos de las montañas. El espíritu ansía perspectivas amplias, rutas interminables... La llanura y el mar, son siempre escenarios propicios al sueño, a la recordación.

¿Quién se acuerda hoy, 19 de mayo, de lo que esta fecha quiere decir en la historia de España?

Castilla. Tierras paniegas, arañadas por el surco infinito de los arados. Manchas profundas de los pinares, donde el eco se prolonga bajo las bóvedas verdes... Escenarios de Medina, de Nava del Rey, de Peñafiel, de Olmedo... Márgenes del Adaja lento con sus alamedas rumbososas, del Tormes divagante y tranquilo, con sus aguas repesadas en meandros...

19 de mayo. En una tarde primaveral, como esta tarde que tengo más allá de mi ventana y a través de la cual veo doblarse las torres y capiteles de las iglesias y las montañas grises — con aquel gris que Teófilo Gautier veía en los montes a la salida de Jaén, camino de Granada; — en un ambiente maravillosamente tranquilo como este que hoy disfruta la naturaleza, preparada ya para los esfuerzos del parto propicio, en la llanura interminable, frente a Olmedo, se escribía hace cuatrocientos noventa y siete años y a esta misma maravillosa hora de la tarde, uno de los episodios más característicos de la época y acaso de mayor influencia en el inmediato porvenir de la

nación, en inminencia ya de síntesis eterna.

«El tiempo era bien dispuesto para estar en el campo el año era asaz abundoso», nos dice la crónica de Don Alvaro de Luna. Los campos en torno a la villa, en tal día como hoy, de una primavera tan maravillosa como esta de hoy, tapizados de gala por el dicalcel espeso y crecido, se extendían interminables, no rotos sino a veces por la suave curva de los alcóres.

Frente a la villa castellana, «fuertemente murada», el cortejo real de Don Juan el segundo. «bien aparejadas ya sus batallas», se detenía sobre un altozano. Le rodean los más preclaros linajes de Castilla. El conde Alba, Don Iñigo López de Mendoza, los condes de Hero y Ribades, Don Juan Pacheco, Maestre de Alcántara, el Obispo de Cuenca; y al frente de todos ellos, con su pequeña figura nerviosa y cortesana, el Condestable... El príncipe heredero Don Enrique se había adelantado con sus mesnadas «cabalgando a la gineta» a la que era muy aficionado.

Tras los muros de Olmedo, rodeados de nobles levantiscos, los Infantes Don Juan — Rey de Navarra — y Don Enrique,

ambos hijos de aquel don Fernando que ganara Antequera a los moros, de felice recordación... Castilla es un vivero de intrigas, de traiciones, de intereses bastardos antepuestos al bien de la nación. Nada se hace sino es a cambio de mercedes y obsequios. Los Infantes de Aragón tratan a toda costa de ser los dominadores de la débil voluntad real. Y en esta tarde de primavera se va ventilar el tremendo drama. Los rebeldes desconfían de su fuerza para salir al campo y observan el brillante cortejo estacionado allá enfrente, en el altozano que domina la villa.

Más de pronto «El príncipe Don Enrique, heredero de la Corona, cabalgando a la gineta, subió a aquella atalaya que había entre el real y Olmedo». Es el momento. De las murallas salen pelotones de hombres armados que se lanzan en su persecución, para cortar su retirada. «El rey ove desta fecho grand saña e enojo, e el Condestable e todos los grandes que con el eran». Era ya tarde para comenzar la batalla. Pero el rey dice: «A cualquier hora que sea». Y después de la hora de víspera se oyen las voces distintas plenas de urgencia. ¡Castilla! ¡Castilla!... La crónica describe con los más vivos colores el espectáculo. «E como ya fuese tarde e el sol los feria detraves e los arneses iban limpios e relucían las armas, parecían muy bien todos». Un momento de duda, pero al fin el combate se entabla. Los próceres al mando de sus batallas, hubieron de pelear como soldados. Tal fué la violencia del encuentro. «Pero como la victoria de las batallas es en la mano de nuestro Señor Dios, el qual viendo la justicia e verdad del Rey de Castilla e las grandes ofensas que los otros avian cometido contra su prehemencia real, e como el rey de Navarra le avia quebrantado e rompido la tregua, plógole que el rey de Castilla fuese vencedor de esta batalla e que el rey de Navarra e el Infante e todos los que con ellos eran, fuesen vencidos» y «el rey de Navarra e el Infante Don Enrique e el Almirante e el conde Benavente e todos los que con ellos venian, volvieron las espaldas e metieron en fuga a fueron desbaratados e arrancados del campo.»

Es un momento este de los tantos momentos en que la historia de Castilla se ventila el ser o no ser. Y como siempre Castilla, saca fuerzas de su propia flaqueza para levantarse sobre su misma desgracia. Es el rudo labriego de las llanuras paniegas, el sufrido labrantín que en las crisis no tiene opción. Es el mismo grito de jarribal el que determina la culminación del esfuerzo. De aquí en adelante la historia de España se encauza por caminos distintos. Y es Castilla la que conduce al esfuerzo de todos, de los demás también...

En una tarde de primavera maravillosa, como esta que hoy tengo delante de mis ventanas, allá en la llanura, frente a los campos resplendidos de promesas, en un caer suavísimo del día, un 19 de mayo, torció el rumbo de su nave la madre de los pueblos hispánicos...

FRANCISCO TOLSADA

CLÁSICOS DEL MOVIMIENTO

Tarea del Estado en la Economía Nacional

El capitalismo español no tiene fuerza suficiente para revolverse contra las anomalías sobre que se asienta la economía nacional, y no emprende otros negocios ni otras empresas que aquellas para las que se asegura previamente el auxilio del Estado. Eso no es otra cosa que incapacidad, y eso indica que no es posible subordinar a su ritmo el desarrollo económico del pueblo español. ¿Y cómo va a tener aquél incluso ni voluntad de rectificación, si él mismo, como hemos dicho, se beneficia y aprovecha del marasmo y de servidumbre económica de España?

En España hay una necesidad insoslayable, y es la de traspasar al Estado la responsabilidad y la tarea histórica de ser él mismo quien, substituyendo al capital privado o valiéndose de éste como auxiliar obligatorio a su servicio, incremente la industrialización con arreglo a la naturaleza de nuestra economía. Ello supondría dos formidables ventajas; una, realizar de un modo efectivo los avances económicos que corresponden lícitamente a España, teniendo en cuenta las características de sus materias primas, su comercio internacional y su propio mercado interior; otra, efectuarlo en beneficio único y exclusivo de todos los españoles, sin que las oligarquías financieras fueren o deformenten esos propósitos de acuerdo con sus intereses privados.

Es así, y únicamente así, como España dispondría de una economía robusta, es decir, sus ferrocarriles no serían ruinosos, ni carecería de industria pesada, ni desaprovecharía su riqueza hidroeléctrica, ni haría el vergonzoso negocio de exportar mineral de hierro para luego importarlo en forma de acero o maquinaria cara, ni habría paro forzoso, ni estaría un día más en la situación de ser una nación marítima sin flota, ni, por último, siendo la avanzada europea hacia América, hacia un Continente que habla nuestro idioma y tiene una economía agraria, se limitaría a un bello intercambio lírico con él, sino que anudaría relaciones comerciales y económicas de gran volumen. Todo eso sin recordar siquiera a África, ese otro Continente al alcance de nuestro brazo, y que está llamado a ser más cada día uno de los mayores objetivos mundiales.

Presentar ese panorama a un Estado y a un régimen como el que hoy tenemos los españoles es, en efecto, un absurdo. Tienen razón quienes dicen que el Estado es un mal gestor y un administrador deficiente. Pero hay que añadir que estos juicios se refieren de lleno al Estado demoburgués, efectivamente ineficaz y absurdo, pero no a las instituciones emanadas de la revolución nacional, no a un Poder político surgido de las luchas que la nación misma realice en pos de su liberación y de su grandeza histórica.

Ese Poder político sí puede hacerlo, con absoluta eficiencia y con absoluta probidad. Realmente no tiene para ello sino que proyectarse sobre los actuales sectores donde se manifiesta y radica la zona parálitica e inepta de nuestra economía: la gran industria, los transportes, la banca y el comercio exterior. Si el Estado nacional controlase de un modo directo, nacionalizándolas, esas grandes funciones, el incremento rápido y prodigioso de la economía española, y por tanto también de las economías privadas y de la clase trabajadora entera, sería una realidad inmediata.

No se trata de expropiación ni de expropiación en el sentido social marxista. En primer lugar, porque no se trata tanto de incautarse de una riqueza existente como de crear riqueza nueva, y en segundo, porque ello vigorizaría extraordinariamente las posiciones, hoy tan extenuadas y raquíticas, de la pequeña industria, del comercio interior y de la propiedad campesina, incrustándolas en un orden económico de gran consumo y movilidad.

Sin vacilación alguna, pues, camaradas, debe enlazarse el problema de la revolución nacional con el de la adopción franca y audaz por el Estado de un papel rector y preponderante en las tareas económicas mencionadas.

España juega su independencia y su futuro a la posibilidad de realizar con audacia y sin vacilaciones un plan económico a base de esas perspectivas; si queréis, a base de ese capitalismo de Estado. De otro modo, seguirá viviendo de milagro, a expensas de enemigos, con su población diezmada y constituyendo una triste posibilidad fallida, una verdadera desgracia histórica.

RAMIRO LEDESMA RAMOS

SONETO

Oh líneas tortuosas e inseguras,
erizadas de signos negativos,
en mi alma claváis vértices vivos
y las sensibles caras volveréis duras.

Del trazo que marcáis, líneas impuras,
la mente apartar quiero, y, decisivos,
buscar del bien los puntos genitivos
que proyecten mi centro a las alturas.

En un gozo de aristas paralelas
a infinito alzaré mi base entera,
mientras deja al pasar blancas estelas.

Oblicuas borraré de mis defectos,
para que — prisma puro — mi alma sea
culminación triunfal de ángulos rectos.

JUAN GODÓ COSTA